

Catecismo 774 – 776 La Iglesia, sacramento universal de la salvación

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 774:

La palabra griega *mysterion* ha sido traducida en latín por dos términos: *mysterium* y *sacramentum*. En la interpretación posterior, el término *sacramentum* expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término *mysterium*. En este sentido, Cristo es Él mismo el Misterio de la salvación: *Non est enim aliud Dei mysterium, nisi Christus* ("No hay otro misterio de Dios fuera de Cristo"; san Agustín, *Epistula* 187, 11, 34). La obra salvífica de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia (que las Iglesias de Oriente llaman también "los santos Misterios"). Los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia contiene, por tanto, y comunica la gracia invisible que ella significa. En este sentido analógico ella es llamada "sacramento".

No olvidemos que este es un catecismo "mayor", escrito para que los encargados de los catecismos, tomen de él, el contenido y lo traduzcan de una manera más pedagógica, para que sea más fácilmente comprensible.

Hay aquí una afirmación muy importante: **La Iglesia es sacramento de salvación.**

Esta palabra "sacramento" fue una novedad del concilio Vaticano II; y hasta entonces la Iglesia no había usado en su magisterio este término aplicado a la Iglesia.

"Sacramento" es un signo visible de una gracia que es invisible, y este signo visible también es instrumento: Por una parte "significa algo", y además es un "instrumento eficaz".

Por ejemplo: El agua del bautismo, es un sacramento porque es un signo visible que simboliza la pureza del alma por la limpieza del pecado original; la nueva vida de Hijos de Dios. Pero el agua no solo es un signo, sino que es un "instrumento": Dios a través de esa agua nos santifica, nos purifica, nos da una vida nueva de hijos de Dios.

De igual manera que el agua en el sacramento del Bautismo, así es la Iglesia: **es un SIGNO visible de una presencia invisible de Dios entre nosotros y además es un INSTRUMENTO a través del cual Dios nos santifica.**

Como hemos dicho esta fue una de las grandes afirmaciones del concilio Vaticano II fue la “sacramentalidad de la Iglesia”: esto es tener una conciencia de la vocación que Dios ha dado a la Iglesia: que es el signo visible de Dios para salvar al mundo. Esta es la conciencia que tiene la Iglesia: está llamada a ser un instrumento de Dios para toda la humanidad: “Todos están llamados a la Iglesia, porque todos están llamados a Dios”. Porque la Iglesia no es que sea un “club” solo para algunas personas que tiene esa sensibilidad; **es un instrumento de Dios para todas las gentes.**

Y esto no supone tener una conciencia arrogante, **viene de una conciencia de ser instrumentos de Cristo.**

Esto es importante, porque ha existido siempre la tentación de reducir a la Iglesia a una dimensión “interiorista”, o a la dimensión institucional o visible. Esta es la visión de los que hablan de la Iglesia desde fuera de ella: a reducir a la Iglesia a una mera institución humana, como algo visible, negando lo invisible.

Mientras que desde dentro de la Iglesia, tenemos la tentación de ver en la Iglesia únicamente una comunidad de fe, pero negando el aspecto visible de la Iglesia, el aspecto institucional de la Iglesia; como si la Iglesia fuese únicamente una comunión en el amor, pero que nos sobra la jerarquía, nos sobra la institución: de un supuesto “espiritualismo pero que rechaza la institución”

Es curioso pero las dos tentaciones se dan a la vez.

En la historia de la Iglesia ha existido estas dos tentaciones. Ya en la edad media surgieron en el seno de la Iglesia movimiento anti eclesiásticos que querían una “Iglesia pobre y santa, que no querían una Iglesia institucional y jerárquica, que solo querían la fuerza del Espíritu Santo sin la autoridad y mediación de la Iglesia; el lema era “más Cristo y menos Iglesia”. Decían que la Iglesia eran todos los predestinados a la salvación, que los pecadores no pertenecían a la Iglesia (aunque estaban en la Iglesia no son la Iglesia). El papa solo era vicario de Cristo en la medida que reproducía las virtudes de Cristo. Todo esto en torno al siglo XIV.

Frente a todo esto la Iglesia reacciono y dijo: Aunque el papa sea un pecador es el vicario de Cristo –ojala reproduzca las virtudes de Cristo-. Jesús puso a Pedro como su vicario, como “roca”, incluso cuando Pedro era también un pecador. Por tanto no tenemos que confundir el misterio de la Iglesia con un espiritualismo que parece que confunde la Iglesia de la tierra con la Iglesia de cielo: **aunque los que formamos la Iglesia seamos pecadores “es la verdadera Iglesia del Señor”.**

Todas las herejías partían con una “buena intención”, estas herejías espiritualistas tenían la intención de reaccionar frente a una parte del clero que estaba muy apegado a sus beneficios eclesiásticos... El contexto histórico donde surgen estas herejías ya se entiende, pero el demonio saca provecho y pretende que la reacción sea la de alejarse y avergonzarse de la Iglesia.

En este contexto esta la reforma de Lutero, llegando a decir que “toda mediación humana corrompe la gracia de Dios”, no quería ningún mediador.

Dios ha querido que haya mediadores: en primer lugar Cristo y en segundo la Iglesia que prolonga la mediación de Cristo.

Cristo cuando eligió a sus doce apóstoles, sabía que iban a ser mediadores, a través de los cuales los hombres iban a conocer a Cristo, por su predicación.

La Iglesia es sacramento visible, eso es entender que la “eclesiología” (la explicación de lo que es la Iglesia), **es una prolongación de la Encarnación: “Dios se hizo carne, habito entre nosotros”**. Dios se hizo visible en Jesucristo en su encarnación y la Iglesia es visible.

Por qué en un sacramento, si nos desprendemos del agua (en el bautismo), hemos perdido el sacramento: **Es el signo visible de la gracia de Dios**, y el sacramento necesita el signo visible: el pan, el vino, el agua, el aceite. La Iglesia es el signo visible, y no nos avergoncemos de esa visibilidad, aunque a veces se le vean los pecados, como se le veían a Pedro, Jesús no se asusta de eso.

Al fondo, el que se escandaliza de la Iglesia se escandaliza de Cristo.

Juan 10, 33:

- 32 *Jesús les dijo: «Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme?»*
- 33 *Le respondieron los judíos: «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios.»*

Eso mismo es lo que pasa hoy en día con la iglesia: lo que molesta de la Iglesia no es tanto las cosas que hace, ni incluso lo que dice, lo que más molesta es que la Iglesia tenga conciencia de ser sacramento visible de Dios entre los hombres. Es lo que más molesta en esta cultura del relativismo, donde molesta que alguien crea en la verdad.

Hay quien acepta que Dios exista, pero lo que no puede soportar, **es que esa existencia de Dios se haga histórica, se haga presente y se haga cercana a nosotros**, y nos recuerde cual es la voluntad de Dios, y nos recuerde donde está la frontera entre el bien y el mal.

Hay que cree en la existencia de Dios “pero que exista lejos”, que nadie me recuerde cual es la voluntad de Dios.

Igual que en tiempos de Jesucristo, molesta la cercanía de Dios entre nosotros, en la Iglesia.

El hombre, aunque crea en Dios, prefiere un ser lejano, que le permita hacer “de su capa un sayo”.

Por eso escandaliza lo de la “sacramentalidad de la Iglesia”, un signo que viva junto a mí.

Es curioso que a veces echamos en cara “¿Dónde está Dios?”, cuando ocurre alguna desgracia; y sin embargo, por otra parte, nos molesta que este tan cerca, cuando nos recuerda su voluntad, o cuando nos está dictando en nuestra conciencia la frontera entre el bien y el mal.

Esta es la paradoja.

Hay que decir que la Iglesia es sacramento, porque la misma estructura del ser del hombre es “sacramental”: todo pensamiento, todo afecto humano necesita algún signo visible: **la mediación del cuerpo**. Si alguien, en su corazón ama, necesita una sonrisa, necesita un beso, necesita un regalo. El hombre mismo necesita de signos visibles. No somos un espíritu puro: **Tenemos un cuerpo con el que tenemos que expresarnos**: Si alguien ama besa, si alguien ama sonríe, si alguien ama da un regalo.

Nuestra corporalidad hace necesario el sacramento, el signo visible. Por eso la Iglesia es necesaria para nosotros.

Dios que es un buen Padre un buen pedagogo, entendió que necesitábamos de la Iglesia. **Dios se ha acomodado a nosotros para que le entendamos.**

Nos quejamos de que “Dios es un misterio”, y luego cuando se manifiesta en un rostro humano decimos “¿Cómo puede ser...?”. NO podemos quejarnos de una cosa y de su contraria.

Cristo es sacramento del Padre, la Iglesia es sacramento del Hijo. Es verdad que no aplicamos esta mediación en la misma medida a Cristo y a la Iglesia, porque Cristo es mediador como cabeza y como fuente, mientras que la Iglesia ofrece un misterio de esa mediación de Cristo, es decir que nuestra mediación es más humilde. Es verdad que los que formamos la Iglesia tenemos pecados y puede ser que oscurezcamos esa mediación, pero somos sacramento de Cristo, prolongando y participando de ese ser de Cristo.

Un matiz: Cuando decimos que la Iglesia es “sacramento de Cristo”, no estamos diciendo que haya ocho sacramentos; de hecho el concilio Vaticano II dice que la Iglesia es “como un sacramento”, en el sentido metafórico. Algunos han expresado esta aparente contradicción con el ejemplo de una mano y unos dedos: La Iglesia es como la mano de la cual salen “siete dedos” que son los siete sacramentos.

En resumen cuando se quejaban Lutero y otros más y no querían mediadores, queriendo tener un contacto “directo con Dios”, curiosamente cuando Lutero quiere suprimir la mediación de la Iglesia de los apóstoles, queriendo ir a la fuente pura de la palabra de Dios sin que nadie me la “ensucie” transmitiéndomela, curiosamente somete “La Palabra” al arbitrio de cada uno, de cada hombre en particular, es vino a ser el propio relativismo la propia subjetividad la que hace de mediador entre Dios y yo. La consecuencia fue inevitable: el surgimiento de un montón de sectas que interpretan cada a su manera la palabra de Dios.

Cuando se rechaza el magisterio de la Iglesia se cae en un subjetivismo y en la arbitrariedad propia.

Es curioso pero la palabra “herejía” significa “elección”: elegir una cosa, frente a otra. Elegimos magisterio en contra de la espiritualidad, o al revés. No , nosotros no elegimos una cosa frente a otra sino que integramos las dos: Cristo es Dios y es hombre, (algunas herejías decían que Cristo era solo Dios y otras decían que solo era hombre, algunas herejías dicen que la Iglesia es solamente institución humana y otras que únicamente es comunión espiritual).

Punto 775:

"La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano "(LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es "signo e instrumento" de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

La Iglesia es signo de unidad de Dios con la humanidad y signo de la unidad entre

nosotros. Parece que la Iglesia es como un antídoto de aquello que hace el pecado; el pecado, por definición es “dispersión”, desintegra, divorcio, el pecado es babel: cada uno a lo suyo, sin capacidad de entenderse uno con otro. El pecado da una sensación de que mi hermano me estorba.

Sin embargo la gracia de Dios me hace entender que mi hermano no es un estorbo, sino que es una comunión de amor.

Cristo lloraba mirando a Jerusalén: *“Cuántas veces he querido reuniros como la gallina a sus polluelos bajo sus alas”*. La Iglesia es esa imagen: Cristo que reúne a todos, es la “convocación”, la unidad.

La Iglesia es signo de la unión de Dios con los hombres y de todos los hombres entre sí; eso es lo que pretende la Iglesia. Que sea pentecostés: donde todos nos entendemos, lugar de comunión, donde hablemos todos el mismo idioma: el idioma del Espíritu.

Punto 776:

Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación" (LG 48), por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45, 1). Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad" (Pablo VI, *Discurso a los Padres del Sacro Colegio Cardenalicio*, 22 junio 1973) que quiere "que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo" (AG 7; cf. LG 17).

Lo que más resalta este punto es que “la Iglesia es instrumento eficaz”. No solamente simboliza la unidad de Dios con los hombres y la unidad de los hombres entre sí.

Llamo la atención el hecho de que Jesucristo no solamente dijese palabras hermosas, sino que esas palabras fuesen efectivas: *“¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?”*. **El poder de la palabra de Cristo.** *¿“Quién es este que hasta perdona los pecados?”*. *Tanta fuerza tiene esa palabra que hasta hace que suceda de verdad.*

Y Cristo también a la Iglesia le ha dado poder, para que la palabra de la Iglesia no sea solamente cosas hermosas, sino que sea una palabra que tenga fuerza: *“Lo que atéis en la tierra quedara atado en el cielo”*.

Cuando la Iglesia dice: *“Tus pecados quedan perdonados, también en el cielo quedan perdonados”*.

Con ese poder que Dios ha puesto en manos de la Iglesia, Dios se está **sirviendo de la Iglesia, pero también se está supeditando a esa palabra de la Iglesia, Y DIOS ES OBEDIENTE A ESA PALABRA DEL SACERDOTE**; cuando el sacerdote dice: *“Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”*, Dios es obediente, y Dios se compromete a través de ese signo, la palabra de la Iglesia sea eficaz.

Lo dejamos aquí.